

*Año 1 Número 11 - Septiembre 2014*



SOCIEDAD DE AUTORES  
INDEPENDIENTES

# *Umbral*

*Revista Literaria*

## *Maestros*

*Julio Cortázar*

*Gabriela Mistral*

*Gustavo A. Bécquer*

*Horacio Quiroga*

*Lope de Vega*

Imágen: Yves Tanguy

## *Colaboraciones:*

*Adelfa Martín - Henry Govani Aguiar Sánchez*

*Lizandro Samuel - José Romero Muñoz*

*Eric J. Lagarrigue - Ignacio López Castellanos*

*Naida Saavedra - Sebastián Arismendi*

# ¡A celebrar!

El 15 de septiembre de 2013 nos embarcamos en la aventura de crear una sociedad en la que los escritores independientes de habla hispana encontraran un lugar que los representara.

Ahora, a un año de esa fecha celebramos con todos los miembros de la Sociedad de Autores Independientes, con nuestros colaboradores, lectores y amigos. Ha sido este un año fructífero teniendo como prueba viva el presente número de la revista Umbral; ya llegamos a la onceava edición del órgano literario de SAINDE manteniendo un promedio de 5.000 lectores mensuales. Este logro se lo debemos a nuestros autores, quienes son la médula de la sociedad.

SAINDE está presente en el mundo literario; Umbral tiene un lugar dentro de la producción intelectual y creativa promovida en las redes sociales; los autores independientes tienen una voz. Ese era nuestro principal objetivo al momento de crear la sociedad. Queríamos establecer un puente entre el escritor y el lector, queríamos ofrecer la oportunidad de tener al alcance textos de los escritores para poder conocerlos y entender su técnica, su temática, su motivación como artista, y así lo hemos logrado. Cada uno de los miembros de SAINDE posee un estilo propio, se desarrolla en cauces específicos, se desenvuelve en géneros y subgéneros diferentes; cada uno tiene una voz propia. La revista Umbral solo se convierte en el micrófono para difundir dicha voz.

Para mí, este ha sido un año fenomenal que me ha hecho crecer como profesional en el campo de la edición y de las relaciones públicas en ámbitos artísticos. Por ello seguiré siendo parte de SAINDE y apostando por la creatividad de nuestros asociados.

Asimismo, en este año nos hemos dado cuenta de cómo funciona la dinámica entre nuestros artistas, todos con vidas hechas, con rutinas que atender. Observamos que da mejores resultados encausar proyectos pequeños y llevarlos a cabo en un período corto, en vez de aspirar a lograr grandes metas sin las herramientas necesarias. Vimos de este modo la necesidad de reestructurar la sociedad, simplificando los canales del organigrama y haciendo la comunicación mucho más simple. De igual manera nos dimos cuenta que debíamos darle un refrescamiento a la imagen de la sociedad e integrar en nuestro logo no solo la escritura sino también otras expresiones artísticas que poco a poco van haciendo eco dentro de SAINDE. Siguiendo el tono gráfico pulcro y estético establecido por Álvaro Díaz, uno de los miembros fundadores de SAINDE, Eric J. Lagarrigue ha asumido desde el séptimo número de Umbral el

mantenimiento de la página web y la diagramación de la revista y ahora también se dedica a llevar a cabo el refrescamiento de la imagen de SAINDE. Auguramos para Eric el mayor de los éxitos y agradecemos todo su trabajo para con la sociedad.

En este nuevo año que comienza para nosotros, tenemos planeados ciertos proyectos que involucran ante todo la creatividad y la colaboración. Esperamos así poder seguir contando con su participación y apoyo y al mismo tiempo continuar difundiendo el trabajo de nuestros artistas y ofreciendo a la audiencia una producción variada y de calidad.

Por todos los logros de este primer año y por los que han de venir, ¡salud!

*Naida Saavedra*  
Editorial



**Umbral**  
Revista Literaria  
Órgano oficial de la Sociedad de Autores Independientes

**Año 1 - Número 11 - Septiembre del 2014**

Dirección general: Naida Saavedra  
Corrección y estilo: Eric J. Lagarrigue  
Composición y diseño: Eric J. Lagarrigue  
Imagen de portada: Yves Tanguy

**Colaboradores de esta edición**

Adelfa Martín    José Romero Muñoz  
Lizandro Samuel    Ignacio López Castellanos  
Sebastián Arismendi    Henry Aguiar  
Naida Saavedra    Eric J. Lagarrigue

**Contacto:** revista@sainde.net

Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.  
Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

# Índice de contenido

## Editorial

Nota editorial (*Naida Saavedra*) ..... 1

## Cuentos

Alegato de Cupido (*Lizandro Samuel*) ..... 8

Un triunfador (*Henry Govani Aguiar Sanchez*) .. 12

Mi tía Clo (*Naida Saavedra*) ..... 17

## Poesía

Canto de la vida (*Eric J. Lagarrigue*) ..... 3

Contemplar (*Cachalote - Sebastián Arismendi*)..... 4

Testigos (*Cachalote - Sebastián Arismendi*) ..... 5

Costas lejanas (*Ignacio López Castellanos*) ..... 6

Veneno Lento (*Ignacio López Castellanos*) ..... 7

Aromas de tu piel (*Adelfa Martin*) ..... 14

Sentada a la orilla de la vida  
(*Adelfa Martin*)..... 15

La vida se libera de nosotros  
(*José Romero Muñoz*) ..... 16

## Maestros

A la deriva (*Horacio Quiroga*) ..... 10

Rima LXXIII (*Gustavo A. Bécquer*) ..... 18

Romance sin título (*Lope de Vega*) ..... 19

Casa tomada (*Julio Cortázar*) ..... 21

El establo (*Gabriela Mistral*) ..... 24



La cultura y el acceso al conocimiento y al arte  
son derechos universales.

Sociedad de Autores Independientes

# Canto de la vida

Letra de canción

Soy el alma de la vida.  
Soy el cuerpo de la mente.  
Soy el todo, el sol naciente  
que se aferra de la muerte.

El que siembra y vive siempre  
de la cosecha que cambia.

Soy la vida soy inerte,  
soy el canto de la muerte.  
Soy el máximo inocente  
que te tiene presente  
y te quiere en los ciclos,  
pero sufres de ti  
y vives allí,  
te olvidas de mí  
atado a tu cuerpo,  
destruyes el suelo de todo mi vientre,  
comes, asientes y no te arrepientes.  
Siente conmigo la vida y la muerte,  
la siembra y la siega  
que llevan de frente.  
Soy la vida, soy inerte.  
Soy el canto de la muerte.

Doy parte de mí.  
Creces de mí.  
Siembras en mí.  
Y vuelves a mí.  
Cómo se siente  
volver al desierto  
donde naciste al principio del tiempo.  
Úsame a mí como siempre he temido.  
Sufre de mí como siempre he querido.  
Creces en mí.  
Cosechas de mí.  
Vives por ti alabando tus actos.  
Arrancas de mí todo lo que he creado.  
Peñas contigo y la sufres conmigo.



*Eric J. Lagarrigue*

*S.M. de Tucumán Argentina -1993*

# Contemplar

Contemplar es desear,  
es el deseo de poseer lo que no se tiene,  
solo lo que se observa.

Lo que se desnuda al ras de la mirada  
y lo que deja una imaginación dilatada:

punzantes pensamientos lascivos,

tu anatomía contemplo.

Te contemplo, te siento en las yemas de mis dedos  
en mis papilas gustativas  
en el chocar de las ondas de mi voz con tu cuerpo  
en el despertar de mi sexo,  
luego nos recreo en la cima de volcanes,  
no nos quemábamos, pues mi fuego es más caliente que todo magma  
y no nos heríamos, pues no hay sufrimiento en dejarse llevar.

Callados, fingidos de lo que pasa,  
en solitario te contemplo  
en otra noche dolorosa, bajo un caliente silencio.



*Cachalote*

*(Sebastián Arismendi)*

*Barcelona, Venezuela -1994*

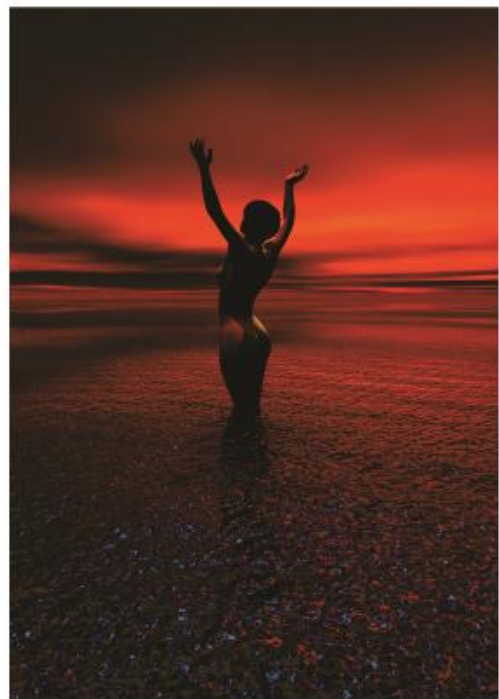


Imagen: Pixabay.com

# Testigos

Hay una luz verde entre mis sienes  
estática y hermosa, rodeada de nada  
oscuridad somnolienta  
silencio caprichoso de madrugada.

Hay una decena de espíritus  
observándome y religiosamente bordean mi cama  
mis ancestros, mis muertos, mis intrusos fantasmales  
a las 2 comienzan a manifestarse.

La luz verde se apaga  
(como se apagaron algún día las canciones que allí se reproducían)  
quedo a oscuras  
las sombras se confunden con la negrura.

Noche siniestra  
testigos que me observan  
voces que susurran en tonos agudos  
manos ásperas que me tocan a las 3  
el hundimiento de la cama y el grito mudo del más allá  
a los pies de mi oreja: el aliento de mis muertos,  
chasquidos y pasos,  
el más allá y mi locura.

Luz verde, protégeme  
Acosado estoy por estos entes



*Cachalote*

*(Sebastián Arismendi)*

*Barcelona, Venezuela -1994*



Imagen: Pixabay.com

# Costas Lejanas

Y a suenan los cuernos en el horizonte,  
 Mi alma tiembla y mi corazón se enciende.  
 ¡Alzad los escudos! Grita el rey,  
 ¡Por vuestro rey y la patria! Gritan los condes.  
 Lejos quedan ya las costas del soldado asustado.  
 Lejos quedan ya los corazones de aquellos a los que amó.  
 Lejos quedan ya sus sueños y pasiones.  
 ¡Por mi rey y la patria! Ahora ese es mi sueño,  
 Pero mi corazón y mis manos tiemblan ante él.  
 Esta tierra que ahora desangro no es mi hogar.  
 Al rey y sus condes yo nunca los vi.  
 ¡Matad, robada y quemad, todo por la patria!  
 Mi corazón sangra por verme lejos de aquello que una vez fui.  
 Amor, compasión, respeto y libertad, nada más importa.  
 Nuestros corazones lo saben y por verse privados de ello,  
 Nuestros cuerpos y lanzas tiemblan.  
 Al enemigo no tememos, aún con toda su panoplia desplegada ante nosotros.  
 Nadie nos recordará salvo por nuestros huesos desnudos.  
 A nuestras costas nunca retornaremos.  
 Suenan nuestros cuernos; cargamos colina abajo.  
 Veo a mis hermanos sudar y maldecir.  
 ¿Acaso no comparten ellos también mis sueños y anhelos?  
 Amor, respeto, compasión y libertad.  
 Nadie me recordará, mis costas no veré jamás.  
 Mi sangre que ahora se derrama sobre patria ajena,  
 De nada servirá.



*Ignacio López Castellanos*  
*Asturias, España -1988*

# Veneno lento

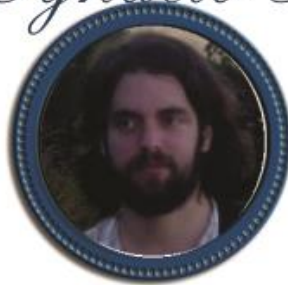
El veneno que sobre mí se derrama,  
Es para ti, bálsamo y consuelo.

Droga sobre mi lecho,  
Libros sobre mi suelo,  
Esta idea que me desangra,  
Es para mí, bálsamo y consuelo.

Ya el sol entra por mi ventana,  
Un día más que se asoma y,  
En mi rostro se burla.

Nada más importa mientras haya,  
Drogas sobre mi lecho y,  
Libros sobre mi suelo.

*Ignacio López Castellanos*  
*Asturias, España -1988*





# Alegato de cupido

Y a dejen el fastidio. En serio. No sé quién les dijo que yo era el encargado de cultivar el amor. Porque así son en esta sociedad. Idiotas y estúpidos. Irresponsables. Sí, sí, muy irresponsables. Lo son tanto que viven echándome la culpa de sus fracasos amorosos. ¿Ninguno leyó alguna vez eso del libre albedrío?

Aclararé algo: cuando me mandaron a la Tierra me dieron una sola orden: “Cupido, deberás facilitar las cosas”. ¿Se dan cuenta? Fa-ci-li-tar. ¡Facilitar! ¿Se los deletreo? F-a-c-i-l-i-t-a-r. Nunca me dijeron: “Tú harás que las personas se enamoren”. No. Me dieron una lista (En ese entonces; hoy, claro, cargo todos los datos en mi tablet) con la información pertinente de cada persona; junto a la misma, un aparatito que por donde paso se enciende ante el hallazgo de caracteres compatibles. Por ejemplo: voy caminando por la Avenida de los Campos Elíseos; cerca de mí una parisina delgada, pálida, frágil –y todos esos estúpidos lugares comunes de la literatura–, quien, según la lista, tiene 19 años, fue abandonada por el padre y pide a gritos el apoyo del “amor” disfrazado en un hombre mayor que ella. Más adelante, un tipo de unos cuarenta años, inmaduro, cuya personalidad requiere de toda una ferretería para ser ajustada, camina en dirección contraria. El aparatito se activa. ¿Mi deber? Aparecer un billete en medio de ambos, para que el hombre se acerque a recogerlo, se tope con la chica y que pase lo que tenga que pasar.

¡Listo! ¡Eso es todo! ¿En algún momento dije que sacaba un arco y una flecha para hacer que por arte de magia se enamoraran? ¡No sean tontos!

Digo, el arco y la flecha los he usado. No con mucha frecuencia. La utilidad es más elemental de lo que creen: provocan tal dolor al entrar en el pecho de la persona en cuestión que la obliga a alzar la cabeza y ver a quien debe ver, o a exclamar un quejido que llama la atención de ese alguien “compatible”.

¿Yo les digo “Invítala a salir”, “Ignórala”, “Entrégale tus sentimientos”? ¡No!

Para ejemplo, mi último trabajo.

Lo que no terminan de entender es que están jodidos por decisión propia. Conozco parejas que han encontrado armonía y –porque así funciona esto– ninguna cree en Cupido. Pregúntenle a la última chica con la que trabajé.

En la base de datos aparece: tal mujer es celópata, entonces necesita o un mujeriego o un hombre sin testículos. ¿La mujer quiere un novio? ¿Sí? Pues la busco y cuando pase cerca de una pareja potencial retraso un autobús, provocó una lluvia o hago que la persona que está entre ellos en el metro se agache para rascarse y así estos se puedan ver. El amor es ciencia, no magia. Soy más científico que dios. Les muestro la sopa, pero no obligo a nadie a tomársela, ¡ni siquiera a preguntar el precio!

¿Saben que es lo peor? Que hace tiempo que me retiré. No formalmente, claro. Sigo paseando por aquí, solo dejé de trabajar. Ustedes hacen las cosas solitas. La evolución es impresionante: un hombre que crea que todas las mujeres son infieles, solo se va a fijar en mujeres potencialmente infieles. No falla



la teoría. Pueden desfilan delante de él las manifestaciones más sublimes de belleza femenina, pero si la fémica no huele a infidelidad, no le atrae. Por eso ya no es necesaria mi intervención. Hace años que hice el último trabajo.



Una mujer pegaba brincos sobre un montón de chocolates, peluches y flores. Caía y pisaba con ambos pies a la vez, con ímpetu. Agitaba los brazos, tenía tensa la mandíbula. “¿Qué te pasa?”, pregunté. “¡Estoy harta!”, “¿De qué?”, “¡De todo!”, “¿De todo?”, “¡Sí! ¡Cupido se olvidó de mí! ¡No hay forma de llamar su atención!”. En ese momento me sentí como esa persona “sabia” que le da consejos a todas sus amistades pero que su vida está totalmente desorganizada. La chica seguía destrozando aquella mercadotecnia del amor cuando, por llevar la aljaba rota, una de las flechas me cayó en el talón. “Hola, soy Cupido”. La mujer se detuvo, sus pupilas patinaron por todo mi cuerpo y luego carcajeó. “Claro. Bueno, yo soy Afrodita”, “Sí que lo eres, eres muy bella”.

Y así conocí a mi esposa.



*Lixandro Samuel*  
Caracas, Venezuela -1993

# A la deriva

*Cuentos de amor, locura y muerte, 1917*

El hombre pisó blanduzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yararacusú que arrollada sobre sí misma esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violetas, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que como relámpagos habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho, y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

—¡Dorotea! —alcanzó a lanzar en un estertor—. ¡Dame caña!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

—¡Te pedí caña, no agua! —rugió de nuevo. ¡Dame caña!

—¡Pero es caña, Paulino! —protestó la mujer espantada.

—¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

—Bueno; esto se pone feo —murmuró entonces, mirando su pie lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo, la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos, y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse, un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentóse en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito —de sangre esta vez— dirigió una mirada al sol que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú-Pucú,

y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

—¡Alves! —gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano.

—¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! —clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú.

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su ex patrón mister Dougald, y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su fresca crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entretanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex patrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho. ¿Qué sería? Y la respiración también...

Al recibidor de maderas de mister Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un viernes santo... ¿Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

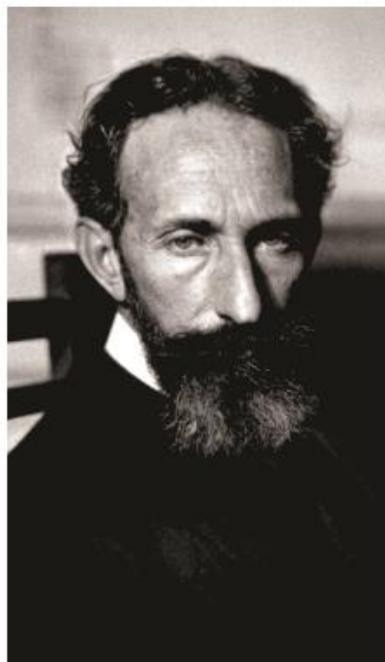
—Un jueves...

Y cesó de respirar.

*Horacio Quiroga*

*Salto, Uruguay - 1878*

*Buenos Aires, Argentina - 1937*



# Un triunfador

—¿Quién eres?

—No lo sé, no sé quién soy ni en que me estoy convirtiendo.

—Entonces qué haces aquí, deja este mundo y larguémonos juntos de una vez, son muchos años de esperarte, y tampoco sé si son ya demasiados.

Sus palabras retumbaron en su cabeza. Su mundo tan real como inestable lo dictaminaba una espada que empuñaba cada vez que su amo así lo disponía. Una sola conversación con una insignificante esclava estaba a punto de desarmar a un ícono de fuerza y valentía —una esclava, es solo una esclava— se dijo a sí mismo, una esclava para los ojos el mundo, al que ella accedió por propia voluntad renunciando a todo y a todos, solo por él, que años atrás no era nadie, un simple barquero que tenía que mendigar unas monedas para poder llevar un trozo de pan a su boca, y ahora, lo tiene todo a su alcance, aclamado por multitudes, ovacionado por aquellos que antes no se dignaban ni a mirarlo, deseado, consentido, adorado por multitud de almas sedientas de ver rodar sangre sobre la arena.

—¿Por qué no me dices nada, tu silencio es todo lo que consigo cada vez que intento llegar a ti? ¡Mírame! Mírame como lo hacías antes de que tu vida cambiara.

—Pides demasiado, no quiero ser un don nadie.

—¿¡Un don nadie!? Así en cómo defines lo que eras antes, no-no, ¡lo que éramos antes!

—Sabes perfectamente que llevaba una vida miserable, en cambio aquí soy un triunfador, ahora soy...

—¿Ahora qué?—interrumpiéndolo drásticamente— lo único que puedo ver es a un hombre que era libre convertido en un esclavo más, y que adornan con palmas cada vez que su mano se mancha con sangre. Sí, tal vez no sea sangre inocente, pero llegará un día en que la empuñadura de otro se tiña con la tuya, ¿será sangre inocente entonces?

—Sabes muy bien que no.

—No, no lo sé, al igual que no tengo la respuesta para decirte qué tan inocentes son ellos, pero sí recuerdo al hombre que un día fuiste, y su corazón era bueno, y ese corazón sigue latiendo en tu pecho— cuidadosamente y sin que nadie se percate de su acto, ella levanta su humedecida mano y la posa en el centro de su pecho, que se agita y acelera con el suave roce de la doncella. Respira profundamente, pocos segundos de libertad robados dentro de la jaula de oro en la que se encuentran.

- Estoy aquí, ahora, contigo, por ti.  
 —Yo no te he pedido que vengas.  
 —Entonces pídemelo que me marche y me iré.

—¡No!, no puedo pedirte eso, tenerte aquí me ayuda a seguir adelante, representas lo poco que queda de pureza dentro de mi alma.

—Entonces si soy yo quien te inspira para seguir haciendo lo que haces, he fallado. ¡Pureza!, no te engañes, me han mancillado tantas veces que he perdido la cuenta, yo no tengo elección dentro de estas paredes para decidir quién visita mi lecho, al igual que tú, con todos los elogios y honores con los que te tratan, no decides sobre ti, estás a la merced de los caprichos de quien más denarios disponga. Tanto tú como yo solo servimos para satisfacer los caprichos de quienes se creen nuestros dueños— dicho esto, se escucha una voz femenina que ríe agitada y nerviosa mientras otra ordena con voz arrogante.

—Esclava, seguro que los pies de ese ejemplar ya están relucientes, vete— de forma tajante, mientras sonreía en complicidad con la avelada y distinguida dama que esperaba los “servicios” del “ejemplar”, entonces la doncella seca los pies del luchador con la mirada fija en sus esquivos ojos, vergüenza, tal vez. Muy lentamente y con la cabeza inclinada como de costumbre ella se marcha de aquella habitación dejando en el aire una fragancia a rosas secas, como su alma seca, como sus ojos cansados de llorar, cual riachuelo que ha secado su caudal.



*Henry Govani Aguiar Sanchez*  
 Pretoria, Ecuador - 1975

# Aromas de tu piel

Aromas de tu piel que tanto añoro  
fuego ardiente que mora en mis adentros  
tal vez nunca diré cuanto lo siento  
aunque muera diciendo que te adoro

Estuvimos juntos poco tiempo  
aunque fue tan intenso y tan profundo  
que no me ha de alcanzar la luz del mundo  
para alumbrar el oscuro desaliento

Marcó mi vida tu sonrisa y tu presencia  
esa manera de amar apasionada  
la ternura se coló como si nada  
y me envolvió sutilmente con su esencia

Hay recuerdos en el alma que se clavan  
a sangre y fuego dejando intensa huella  
fuiste el duende que me hizo sentir bella  
cuando tus manos con pasión me acariciaban

Pero el amor es tan frágil, que Cupido  
hoy te inspira nuevas ansias, otros sueños  
escrito está, de otra piel serás el dueño  
mas, ¡no has echarme al cesto del olvido!

Aromas de tu piel... nuevas esencias  
sutilmente y sin pudor buscan camino.  
No seré yo quien desoiga el dulce trino  
por complacer ancestrales reticencias



*Adelfa Martín*  
México



# Sentada a la orilla de la vida

Me siento a la orilla de la vida  
tratando de mirar en mis adentros  
cuantos errores y cuantos desaciertos  
cuantas lágrimas surcaron mis mejillas

Soy apenas una foto desvaída  
de lo que una vez fue la presencia  
de una mujer fuerte y aguerrida  
de la que ahora no queda ni la esencia

Soy como álbum arrinconado en el estante  
al cual de vez en cuando repasamos  
para ver que nada es como era antes  
ni nada del pasado nos llevamos

Quizás atesoremos los recuerdos  
y las vivencias que nos dieron alegrías  
las tristezas seguro las dejamos  
para que no nos estorben la partida

Tal vez mañana no sienta lo que hoy  
y pueda otra vez mirar el sol radiante  
pues sin dudarlo soy un caminante  
en este mundo de angustias y dolor

Sentada a la orilla de la vida  
como quien mira a través de un ventanal  
percibo que tal vez lo que hice mal  
fue haber sido una mujer comprometida

con su conciencia, deberes y familia.  
¿No es más feliz quien es más "personal"?  
Aunque tal vez le llamen egoísta  
seguro que tendrá un mejor final  
sin las noches de insomnio y de vigilia



Adelfa Martín  
México





# La vida se libera de nosotros

*¡*En la ausencia de mis días  
y el te quiero de mis amores,  
llueven cálidas gotas  
de fresca mañana  
qué impregnan mis ganas  
de tenerte entre algodones.  
Todo se mueve y saltan  
las más indomables pasiones  
de lujurias amorosas  
enaltecidas y henchidas  
de abrazos y suspiros  
que no llevan dolores.  
Arraigados se van marcando  
entre el sí y el ser del cuerpo,  
transformándose en la perfección  
que lleva el amor en momentos.  
Llenos los deseos que se desbordan  
por el cuerpo con la sensibilidad  
en cada poro de la piel  
que descubren esos momentos.  
Lo irracional del amar y ser amado,  
la vida se libera de cada uno  
de nosotros en cada momento  
con la relajación que tenemos  
después de las pasiones  
que se muestran en gemidos  
y más tarde respiraciones.  
Tranquilos con las sonrisas de amor  
y sensaciones de pararse el mundo,  
todo es un éxtasis en ese tiempo  
que termina y vuelven a empezar  
en nuevas ilusiones y deseos de fuego  
que se generan en lo interior  
del que es amado aunque no tenga sosiego.



Imagen: pixabay.com

*José Romero Muñoz*  
*Huelva- España*



# Mi tía Clo

Mi tía Clo hacía de todo, le decían la mujer maravilla. Nunca estudió, ni siquiera terminó la primaria pero llegó a ser secretaria del director de la sucursal del Banco Central. Ella siempre decía “a quien madruga, Dios lo ayuda” y realmente Dios bastante que le echaba la mano porque nunca le faltó trabajo ni comida en su casa. Sin embargo un día le llegó el amor y allí todo cambió. Parece que la ayuda celestial se le esfumó porque no dejó de tener pleito tras pleito y problema tras problema. Tía Clo se casó con un hombre bien acomodado de apellido rimbombante que dirigía una revista de tiraje semanal. Ella, a pesar de no tener necesidad de trabajar más y de haberle parido tres hijas al susodicho, no dejó de asistir a su oficina, siguió en el Banco Central y hasta recibió un ascenso convirtiéndose en la jefa de personal de la sucursal. Cuando esto pasó, contrató a una niñera tiempo completo porque su horario requería que ella se mantuviera en la sede hasta aproximadamente las ocho de la noche. El esposo un buen día explotó de desespero cuando se dio cuenta que la tercera hija le decía mamá a la niñera. En ese momento salió disparado en su carro, compró un galón de gasolina, no sé cómo accedió a las bóvedas del banco y prendió fuego a todo el dinero. Él escapó sin ser visto y gracias a Dios nadie



murió en el incendio pero desde tal acontecimiento la sucursal del banco jamás volvió a abrir sus puertas y tía Clo nunca más trabajó fuera de la casa. Ella supo que nunca más tendría un sueldo en el preciso instante en que llegó a la casa con el pelo y la ropa ahumada para contarle al esposo lo sucedido y encontró sobre la cama un billete chamuscado. No hubo intercambio de palabras, sólo una mirada. Eso fue suficiente. Tía Clo se convirtió en esposa, ama de casa y niñera de un día para otro, con la piel todavía oliéndole a humo.



*Naida Saavedra*

Maracaibo, Venezuela - 1979 - Estados Unidos

## Rima LXXIII

Cerraron sus ojos  
Que aun tenía abiertos;  
Taparon su cara  
Con un blanco lienzo;  
Y unos sollozando,  
Otros en silencio,  
De la triste alcoba  
Todos se salieron.

La luz, que en un vaso  
Ardía en el suelo,  
Al muro arrojaba  
La sombra del lecho;  
Y entre aquella sombra  
Velase a intervalos  
Dibujarse rígida  
La forma del cuerpo.

Despertaba el día  
Y a su albor primero  
Con sus mil ruidos  
Despertaba el pueblo.  
Ante aquel contraste  
De vida y misterios,  
De luz y tinieblas.  
Medité un momento:  
«¡Dios mío, qué solos  
Se quedan los muertos!»

De la casa en hombros  
Lleváronla al templo  
Y en una capilla  
Dejaron el féretro.  
Allí rodearon  
Sus pálidos restos  
De amarillas velas  
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas  
El toque postrero,  
Acabó una vieja  
Sus últimos rezos;  
Cruzó la ancha nave,  
Las puertas gimieron,  
Y el santo recinto  
Quedóse desierto.

De un reloj se oía  
Compasado el péndulo.  
Y de algunos cirios  
El chisporroteo.  
Tan medroso y triste,  
Tan oscuro y yerto  
Todo se encontraba . . .  
Que pensé un momento:  
«¡Dios mío, qué solos  
Se quedan los muertos!»

De la alta campana  
La lengua de hierro,  
Le dio, volteando,  
Su adiós lastimero.  
El luto en las ropas,  
Amigos y deudos  
Cruzaron en fila,  
Formando el cortejo.

Del último asilo,  
Oscuro y estrecho,  
Abrió la piqueta  
El nicho a un extremo.  
Allí la acostaron,  
Tapiáronlo luego,  
Y con un saludo  
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,  
El sepulturero  
Cantando entre dientes  
Se perdió a lo lejos.  
La noche se entraba,  
Reinaba el silencio;  
Perdido en las sombras,  
Medité un momento:  
«¡Dios mío, qué solos  
Se quedan los muertos!»

En las largas noches  
Del helado invierno,  
Cuando las maderas  
Crujir hace el viento  
Y azota los vidrios  
El fuerte aguacero,  
De la pobre niña  
A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia  
Con un son eterno;  
Allí la combate  
El soplo del cierzo.  
Del húmedo muro  
Tendida en el hueco,  
¡Acaso de frío  
Se hielan sus huesos! . . .

¿Vuelve el polvo al polvo?  
¿Vuela el alma al cielo?  
¿Todo es vil materia,  
Podredumbre y cieno?  
¡No sé; pero hay algo  
Que explicar no puedo  
Que al par nos infunde  
Repugnancia y duelo,  
Al dejar tan tristes,  
Tan solos los muertos!



Gustavo A.

Bécquer

Sevilla, España 1836-1870

# Romance sin título

A mis soledades voy.  
De mi soledades vengo,  
Porque para andar conmigo  
Me bastan mis pensamientos.

¡No sé qué, tiene la aldea  
Donde vivo y donde muero,  
Que con venir de mí mismo  
No puedo venir más lejos!

Ni estoy bien ni mal conmigo;  
Mas dice mi entendimiento  
Que un hombre que todo es alma  
Está cautivo en su cuerpo.

Entiendo lo que me basta,  
Y solamente no entiendo  
Cómo se sufre a sí mismo  
Un ignorante soberbio.

De cuantas cosas me cansan,  
Fácilmente me defiendo;  
Pero no puedo guardarme  
De los peligros de un necio.

Él dirá que yo lo soy,  
Pero con falso argumento;  
Que humildad y necesidad  
No caben en un sujeto.

La diferencia conozco,  
Porque en él y en mí contemplo,  
Su locura en su arrogancia,  
Mi humildad en su desprecio.

O sabe naturaleza  
Más que supo en otro tiempo,  
O tantos que nacen sabios  
Es porque lo dicen ellos.

«Sólo sé que no sé nada»,  
Dijo un filósofo, haciendo  
La cuenta con su humildad,  
Adonde lo más es menos.

No me precio de entendido,  
De desdichado me precio;  
Que los que no son dichosos,  
¿Cómo pueden ser discretos?

No puede durar el mundo,  
Porque dicen, y lo creo,  
Que suena a vidrio quebrado  
Y que ha de romperse presto.

Señales son del juicio  
Ver que todos le perdemos,  
Unos por carta de más,  
Otros por carta de menos.

Dijeron que antiguamente  
Se fue la verdad al cielo:  
Tal la pusieron los hombres  
Que desde entonces no ha vuelto.

En dos edades vivimos  
Los propios y los ajenos,  
La de plata los extraños,  
Y la de cobre los nuestros.

¿A quién no dará cuidado,  
Si es español verdadero,  
Ver los hombres a lo antiguo  
Y el valor a lo moderno?

Todos andan bien vestidos  
Y quejándose de los precios;  
De medio arriba, romano,  
De medio abajo, romeros.

Dijo Dios que comería  
Su pan el hombre primero  
Con el sudor de su cara,  
Por quebrar su mandamiento;

Y algunos inobedientes  
A la vergüenza y al miedo,  
Con las prendas de su honor  
Han trocado los efectos.

Virtud y filosofía  
Peregrinan como ciegos:  
El uno se lleva al otro,  
Llorando van y pidiendo.

Dos polos tiene la tierra,  
Universal movimiento,  
La mejor vida el favor,  
La mejor sangre el dinero.

Oigo tañer las campanas,  
Y no me espanto, aunque puedo,  
Que en lugar de tantas cruces  
Haya tantos hombres muertos.

Mirando estoy los sepulcros  
Cuyos mármoles eternos  
Están diciendo sin lengua  
Que no lo fueron sus dueños.

¡Oh, bien haya quien los hizo,  
Porque solamente en ellos  
De los poderosos grandes  
Se vengaron los pequeños!

Fea pintan a la envidia:  
Yo confieso que la tengo  
De unos hombres que no saben  
Quién vive pared en medio.

Sin libros y sin papeles,  
Sin tratos, cuentas ni cuentos,  
Cuando quieren escribir  
Piden prestado el tintero.

Sin ser pobres ni ser ricos,  
Tienen chimenea y huerto;  
No los despiertan cuidados,  
Ni pretensiones, ni pleitos.

Ni murmuraron del grande,  
Ni ofendieron al pequeño;  
Nunca, como yo, firmaron  
Parabién, ni pascua dieron.

Con esta envidia que digo,  
Y lo que paso en silencio,  
A mis soledades voy,  
De mis soledades vengo.



*Lope de Vega*

*Madrid, España 1512 -1635*

# Casa tomada

(Bestiario, 1951)

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Hacíamos la limpieza por la mañana, levantándonos a las siete, y a eso de las once yo le dejaba a Irene las últimas habitaciones por repasar y me iba a la cocina. Almorzábamos a mediodía, siempre puntuales; ya no quedaba nada por hacer fuera de unos platos sucios. Nos resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa y cómo nos bastábamos para mantenerla limpia. A veces llegábamos a creer que era ella la que no nos dejó casarnos. Irene rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, a mí se me murió María Esther antes que llegáramos a comprometernos. Entramos en los cuarenta años con la inexpresada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por nuestros bisabuelos en nuestra casa. Nos moriríamos allí algún día, vagos y esquivos primos se quedarían con la casa y la echarían al suelo para enriquecerse con el terreno y los ladrillos; o mejor, nosotros mismos la voltearíamos justicieramente antes de que fuese demasiado tarde.

Irene era una chica nacida para no molestar a nadie. Aparte de su actividad matinal se pasaba el resto del día tejiendo en el sofá de su dormitorio. No sé por qué tejía tanto, yo creo que las mujeres tejen cuando han encontrado en esa labor el gran pretexto para no hacer nada. Irene no era así, tejía cosas siempre necesarias, tricotas para el invierno, medias para mí, mañanitas y chalecos para ella. A veces tejía un chaleco y después lo destejía en un momento porque algo no le agradaba; era gracioso ver en la canastilla el montón de lana encrespada resistiéndose a perder su forma de algunas horas. Los sábados iba yo al centro a comprarle lana; Irene tenía fe en mi gusto, se complacía con los colores y nunca tuve que devolver madejas. Yo aprovechaba esas salidas para dar una vuelta por las librerías y preguntar vanamente si había novedades en literatura francesa. Desde 1939 no llegaba nada valioso a la Argentina.

Pero es de la casa que me interesa hablar, de la casa y de Irene, porque yo no tengo importancia. Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro, pero cuando un pullover está terminado no se puede repetirlo sin escándalo. Un día encontré el cajón de abajo de la cómoda de alcanfor lleno de pañoletas blancas, verdes, lila. Estaban con naftalina, apiladas como en una mercería; no tuve valor de preguntarle a Irene qué pensaba hacer con ellas. No necesitábamos ganarnos la vida, todos los meses llegaba la plata de los campos y el dinero aumentaba. Pero a Irene solamente la entretenía el tejido, mostraba una destreza maravillosa y a mí se me iban las horas viéndole las manos como erizos plateados, agujas yendo y viniendo y una o dos canastillas en el suelo donde se agitaban constantemente los ovillos. Era hermoso.

Cómo no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esa parte del ala delantera donde había un baño, la cocina, nuestros dormitorios y el living central, al cual comunicaban los dormitorios y el pasillo. Se entraba a la casa por un zaguán con mayólica, y la puerta cancel daba al living. De manera que uno entraba por el zaguán, abría la cancel y pasaba al living; tenía a los lados las puertas de nuestros dormitorios, y al frente el pasillo que conducía a la parte más retirada; avanzando por el pasillo se franqueaba la puerta de roble y más allá empezaba el otro lado de la casa, o bien se podía girar a la izquierda justamente antes de la puerta y seguir por un pasillo más estrecho que llevaba a la cocina y el baño. Cuando la puerta estaba abierta advertía uno que la casa era muy grande; si no, daba la impresión de un departamento de los que se edifican ahora, apenas para moverse; Irene y yo vivíamos siempre en esta parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo para hacer

la limpieza, pues es increíble cómo se junta tierra en los muebles. Buenos Aires será una ciudad limpia, pero eso lo debe a sus habitantes y no a otra cosa. Hay demasiada tierra en el aire, apenas sopla una ráfaga se palpa el polvo en los mármoles de las consolas y entre los rombos de las carpetas de macramé; da trabajo sacarlo bien con plumero, vuela y se suspende en el aire, un momento después se deposita de nuevo en los muebles y los pianos.

Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles. Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita del mate. Fui por el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o en la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de silla sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo o un segundo después, en el fondo del pasillo que traía desde aquellas piezas hasta la puerta. Me tiré contra la puerta antes de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo; felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate le dije a Irene:

—Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado la parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

—¿Estás seguro?

Asentí.

—Entonces —dijo recogiendo las agujas— tendremos que vivir en este lado.

Yo cebaba el mate con mucho cuidado, pero ella tardó un rato en reanudar su labor. Me acuerdo que tejía un chaleco gris; a mí me gustaba ese chaleco.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca. Irene extrañaba unas carpetas, un par de pantuflas que tanto la abrigaban en invierno. Yo sentía mi pipa de enebro y creo que Irene pensó en una botella de Hesperidina de muchos años. Con frecuencia (pero esto solamente sucedió los primeros días) cerrábamos algún cajón de las cómodas y nos mirábamos con tristeza.

—No está aquí.

Y era una cosa más de todo lo que habíamos perdido al otro lado de la casa.

Pero también tuvimos ventajas. La limpieza se simplificó tanto que aun levantándose tardísimo, a las nueve y media por ejemplo, no daban las once y ya estábamos de brazos cruzados. Irene se acostumbró a ir conmigo a la cocina y ayudarme a preparar el almuerzo. Lo pensamos bien, y se decidió esto: mientras yo preparaba el almuerzo, Irene cocinaría platos para comer fríos de noche. Nos alegramos porque siempre resultaba molesto tener que abandonar los dormitorios al atardecer y ponerse a cocinar. Ahora nos bastaba con la mesa en el dormitorio de Irene y las fuentes de comida fiambre.

Irene estaba contenta porque le quedaba más tiempo para tejer. Yo andaba un poco perdido a causa de los libros, pero por no afligir a mi hermana me puse a revisar la colección de estampillas de papá, y eso me sirvió para matar el tiempo. Nos divertíamos mucho, cada uno en sus cosas, casi siempre reunidos en el dormitorio de Irene que era más cómodo. A veces Irene decía:

—Fíjate este punto que se me ha ocurrido. ¿No da un dibujo de trébol?

Un rato después era yo el que le ponía ante los ojos un cuadradito de papel para que viese el mérito de algún sello de Eupen y Malmédy. Estábamos bien, y poco a poco empezábamos a no pensar. Se puede vivir sin pensar.

(Cuando Irene soñaba en alta voz yo me desvelaba en seguida. Nunca pude habituarme a esa voz de estatua o papagayo, voz que viene de los sueños y no de la garganta. Irene decía que mis sueños consistían en grandes sacudones que a veces hacían caer el cobertor. Nuestros dormitorios tenían el living de por medio, pero de noche se escuchaba cualquier cosa en la casa. Nos oíamos respirar, toser, presentíamos el ademán que conduce a la llave del velador, los mutuos y frecuentes insomnios.

Aparte de eso todo estaba callado en la casa. De día eran los rumores domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico. La puerta de roble, creo haberlo dicho, era maciza. En la cocina y el baño, que quedaban tocando la parte tomada, nos poníamos a hablar en vos más alta o Irene cantaba canciones de cuna. En una cocina hay demasiados ruidos de loza y vidrios para que otros sonidos

irrumpan en ella. Muy pocas veces permitíamos allí el silencio, pero cuando tornábamos a los dormitorios y al living, entonces la casa se ponía callada y a media luz, hasta pisábamos más despacio para no molestarnos. Yo creo que era por eso que de noche, cuando Irene empezaba a soñar en alta voz, me desvelaba en seguida.)

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche siento sed, y antes de acostarnos le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el sonido. A Irene le llamó la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuerte pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

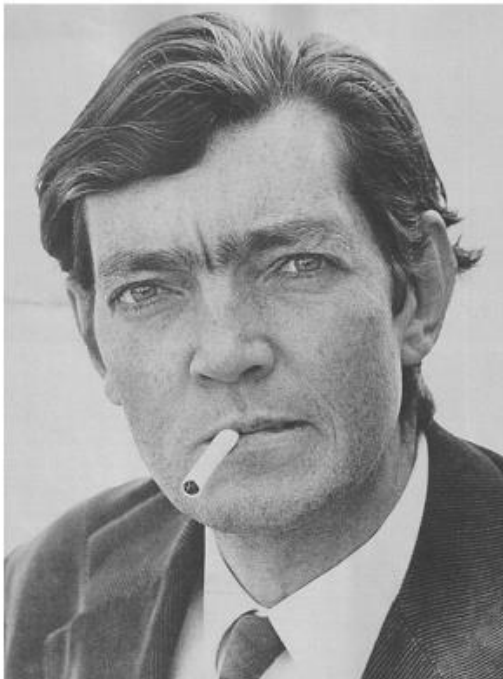
—Han tomado esta parte—dijo Irene. El tejido le colgaba de las manos y las hebras iban hasta la cancel y se perdían debajo. Cuando vio que los ovillos habían quedado del otro lado, soltó el tejido sin mirarlo.

—¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa?—le pregunté inútilmente.

—No, nada.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene (yo creo que ella estaba llorando) y salimos así a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada.



*Julio Cortázar*

*Argentino*

*Ixels, Bélgica 1914*

*París, Francia - 1984*



# El establo

Al llegar la medianoche  
y al romper en llanto el Niño,  
las cien bestias despertaron  
y el establo se hizo vivo.

Y se fueron acercando,  
y alargaron hasta el Niño  
los cien cuellos anhelantes  
como un bosque sacudido.

Bajó un buey su aliento al rostro  
y se lo exhaló sin ruido,  
y sus ojos fueron tiernos  
como llenos de rocío.

Una oveja lo frotaba,  
contra su vellón suavísimo,  
y las manos le lamían,  
en cuclillas, dos cabritos...

Las paredes del establo  
se cubrieron sin sentirlo  
de faisanes, y de ocas,  
y de gallos, y de mirlos.

Los faisanes descendieron  
y pasaban sobre el Niño  
la gran cola de colores;  
y las ocas de anchos picos,

arreglábanle las pajas;  
y el enjambre de los mirlos  
era un velo palpitante  
sobre del recién nacido...

Y la Virgen, entre cuernos  
y resuellos blanquecinos,  
trastocada iba y venía  
sin poder coger al Niño.

Y José llegaba riendo  
a acudir a la sin tino.  
Y era como bosque al viento  
el establo conmovido...



*Gabriela Mistral*

Vicuña, Chile -1889  
N.Y., Estados Unidos -1957